



Victoria de Stefano

La refiguración del viaje.

Mi padre el inmigrante,

de Vicente Gerbasi (1913- 1992)

*Victoria De Stefano nació el 21 de junio de 1940 en Viserba, Italia. Sus padres, italianos, la trajeron a Venezuela en 1946. En los años sesenta estudiaba Filosofía en la Universidad Central de Venezuela (U.C.V), en cuyo Centro de Filosofía comenzó a trabajar con el Profesor García Bacca desde 1962, fecha en la que obtuvo su licenciatura en Filosofía. En esa época estaba casada con Pedro Duno y habían nacido sus dos hijos. Como las actividades políticas de su esposo lo mantuvieron a veces preso y otras, en la clandestinidad, la escritora desde 1962 viajó con frecuencia al exterior en un continuo deambular de cinco años: Cuba, Argelia, Francia, Italia y España. Cuando volvió a Caracas en el año 67, su esposo fue arrestado de nuevo y, después de un breve período de legalidad y de una nueva detención, sufrió el exilio en Chile desde 1970 al 71. En 1971, apareció su primera novela *El desolvido*, bajo el sello editorial "Bárbara". De esta época también es su ensayo "Sartre y el marxismo", publicada años después (1975). Victoria De Stefano ha comentado en una entrevista de López Santos (1984.), su necesidad de escribir ficción y ensayo a la vez: "Nunca he podido escribir ficción sin escribir ensayo. Mi primera novela, *El desolvido* la escribí simultáneamente al ensayo *Sartre y el marxismo* (1971). Es una especie de tarea de compensación entre la imaginación y el intelecto"*

1. Todo lo que necesitamos saber para acercarnos a la poesía de Vicente Gerbasi, y en particular, pero sólo en particular, porque está contenida en toda ella, a **Mi padre, el inmigrante**, es la narración breve de los altos momentos que se imponen sobre la primera etapa, concentradísima en acaecimientos, de su biografía. Hijo de inmigrantes italianos, nace en 1913 en Canoabo, cerca de Bejuma. A los diez años, en pleno ascenso del fascismo, viaja a Italia para terminar la primaria y hacer sus estudios de bachillerato en Florencia. Esto es, del campo a las ciudades antiguas, en pos de un sueño de formación y cultura. Seis años más tarde, truncado el proyecto por el fallecimiento del padre, vuelve a Canoabo, restituido por el azar al que debía ser su verdadero destino. A comienzos de los treinta lo encontramos en Valencia con su madre viuda y sus hermanos. Se dedica a modestos trabajos y oficios varios, pinta carteles publicitarios, trabaja en una institución bancaria, ejerce el periodismo, funda una primera revista literaria de las muchas en que se implicará después. Todo lo que vendrá a continuación: su traslado a la capital al fin de la tiranía del General Gómez, su participación entre los miembros más jóvenes del grupo Viernes, en el que pronto destacará por su natural fecundidad creativa, su matrimonio de toda la vida en 1938, sus hijos, sus inquietudes y compromisos políticos, su entrada a la clandestinidad durante la dictadura de Pérez Jiménez, su carrera como funcionario diplomático, sus viajes, son parte relevante de su vida, pero los motivos perdurables que nutrirán su poesía se encuentran ya establecidos en el guión sumario de este primer lapso de vida.

Un guión cuyo hilo conductor va desde el descubrimiento y repriminación de los mágicos y nostálgicos rastros de la tierra nativa, a la que verá y reconocerá no tan solo a través de sus ojos aquietados o exaltados por la contemplación (Gerbasi probablemente es el más visual

de nuestros poetas), sino también cultural e históricamente reforzada, fabulada, filtrada, como tierra de elección y promisión por intermedación de los del padre, hasta el viaje a Italia y el intempestivo regreso bajo el signo trágico de la muerte de un ser muy querido. Será, pues, a partir de un lugar de procedencia, mejor dicho dos, el propio y el de sus ascendientes, presente en la hondura de una añoranza compartida; de dos cruces del Atlántico, uno de ida y otro de vuelta; de dos separaciones infligidas y dos lejanías; de dos espacios potenciados por la fijeza con que al menor roce afloran a la memoria, y de los que Gerbasi no se abstraerá nunca; de una muerte, compendio de todas las muertes, de dónde extraerá los signos y los emblemas, las metáforas y símbolos, en su justa combinación estática y dinámica, sensual y emotiva, hacia los que derivará su poesía.

Estas metáforas y símbolos ya nos eran conocidas desde sus primeros poesías, pero en **Mi padre, el inmigrante** aparecerán más ceñidas a los ritmos fluyentes que le irá imponiendo el tema, a la par que renovadas y variadas por la corriente alterna de dos escenarios y dos orígenes culturales en una totalidad autónoma de representaciones y sentimientos, poniéndose una vez más en evidencia que del encuentro del *genius loci* de dos lenguas del mismo tronco, que del choque vivificante de tradiciones y culturas distintas y de la riqueza de sus conexiones se fortalecen pródigas en apertura de mundo las formas artísticas.

Será precisamente de la configuración sensorial y afectiva del complejo de asociaciones introyectadas a partir del lazo que ata su infancia a la figura ahora ausente pero siempre poderosa del padre, de dónde derivará la regularidad evocativa y la cadencia larga dispuesta al recitado calmo del verso amplio de estirpe bíblico-prosística: canto y cuento a la manera de la síntesis épico lírica emprendida por Antonio Machado. Pues, aun en las locuciones más

Casa natal de Vicente Gerbasi

personales de *Mi padre, el inmigrante* (1945), o de *Los espacios cálidos* (1952) (piénsese en el himnico y exhortativo "Te amo, infancia" de este poemario), los versos se elevan por encima de los grandes fogonazos que atraviesan el núcleo inicial del recuerdo hacia el reino intermedio de la realidad y la trascendencia. Y esto porque en el espacio del poema, vidas y muertes particulares se relacionan con los tránsitos del ciclo solar del día, con el arquetipo orgánico de la naturaleza "engendrador de vida, engendrador de muerte", con los ritos pastorales e idílicos de la tierra trabajada y habitada por el hombre, con la acción atemorizante de los elementos en la aún no dominada por el hombre, con la comunidad de los animales domésticos en contraposición con las acechanzas de los depredadores y las alimañas (la variedad de la fauna que transporta el Arca de Noé de Gerbasi merecería una monografía aparte), con la sucesión de las generaciones, la afirmación del pasado, la religiosidad laica con sus residuos paganos y cristianos, con sus ideales de santidad y con el culto ancestral a los muertos, en fin, con el punto de vista cosmogónico que sostiene los mitos de muerte y vida preservados en la plenitud de los temores y perplejidades de una infancia campesina, aun si señalados, y allí reside su contemporaneidad, por la incolmable distancia del individuo separado de un bien perdido.

Bastaría comparar *Mi padre, el inmigrante* y *Los espacios cálidos*, sus obras más celebradas, y con justa razón, pues sin duda es en ellas donde el rango de los medios que exigía su visión alcanza, formal y técnicamente, su expresión más acabada y genuina, para que cayéramos en cuenta de que transcurrido un primer período de tanteos en que se muestra su empeño por continuar y articular su labor a la modernidad occidental, Hölderlin, Novalis, Rilke, Rimbaud, en cuanto antecedentes de lo más esencial el surrealismo (la poesía como

acto creador emanado de las pulsiones más extremas de la experiencia interior), pero sin perder de vista, superado el énfasis modernista, la recuperación de la tradición poética en lengua española actuada en España y América (Machado, García Lorca, el Neruda de *Residencia en la tierra*, Huidobro), para comprobar que, como ha sido siempre destacado por la crítica y los testimonios de sus coetáneos, es la autenticidad y el deseo de ser iluminado desde lo vivido íntimamente lo que satura y le da coherencia a su obra.

El mismo Gerbasi, en uno de los ensayos de los años cincuenta, reunidos bajo el título *La rama del relámpago*, acogióse a la concepción leopardiana de la lírica como el instrumento más apropiado a la expresión libre y genuina de cualquier afecto vivo sentido por el hombre, sostendrá que "la poesía es el medio por el cual le ha sido dado al hombre legar su documento más serio". Una definición como ésta, con todo y su sobriedad, con todo y no ser Gerbasi un poeta hermético, lo ubicaría del lado de las poéticas órficas e intuitivas para las cuales la relación yo-mundo y el poder aglutinador de la subjetividad poseen más importancia que los valores formales del poema cosa y objeto.

2. Sus padres salen de Vibonati, Provincia de Salerno, una región rural tradicionalmente migratoria, para instalarse a comienzos del siglo pasado en Canoabo, uno de esos caseríos *cumbe* formado por los esclavos cimarrones que al huir de las haciendas se refugiaban en los lu-



Venimos
de la noche
y hacia
la noche
vamos.
Atrás queda
la tierra
envuelta en
sus vapores,
donde vive
el almendro,



Vicente Gerbasi

el niño y el
leopardo.
Atrás
quedan
los días,
con lagos,
nieves,
renos,
con volcanes
adustos,
con selvas
hechizadas
donde
moran las
sombras
azules del
espanto.
Atrás
quedan las
tumbas al
pie de los
cipreses,
solos en
la tristeza
de lejanas
estrellas.
Atrás
quedan las
glorias como

gares de más difícil acceso para los blancos, lo que explicaría su emplazamiento en un valle entre altas montañas, en el centro mismo de la selva nublada. Quizá haya sido una voluntad más deliberada que el mero capricho, que su espíritu garibaldino y libertario, o sus naturales facultades de adaptarse a los desafíos de otros espacios vivos e incommensurables, tal como se desprende de los Cantos XVII, XVIII y XIX de **Mi padre, el inmigrante** (Tú, el viajero, el insomne, el descontento, / el que levantaba las manos hacia los relámpagos, / el que veía pasar las bahías / como la orilla serena y brumosa de la tristeza, Canto XVII), lo que lo inclinaría su elección. Canoabo, abreviando diferencias, guardaba más de una semejanza con el caserío del que Juan Bautista Gerbasí había salido: una aldea medieval, de clima atemperado, en lo alto de una colina amurallada erguida entre dos valles, y con los Apeninos al fondo, tal como aparece en la enunciación imaginativa del Canto VII de **Mi padre, el inmigrante**: *Tu aldea en la colina redonda bajo el aire del trigo, / frente al mar con pescadores en la aurora, / levantaba torres y olivos plateados (...)* Tú venías de una colina de la Biblia, / desde las ovejas, desde las vendimias, / padre mío, padre del trigo, padre de la pobreza. / Y de mi poesía.

Por otra parte, para el padre viajero, al igual que para los esclavos, ese lugar inhóspito, aislado, apenas tocado por la civilización y el progreso, y por esa misma razón arcádico, debió representar un espacio de libertad, un territorio iniciático y purificador en el cual asentar su nueva vida. Y tú estabas aquí con el sudor de tu frente, / el solitario, el vestido de paño de hilo, / el erguido en medio de la comarca de las tempestades, / el que iba gritando hacia adentro, / buscándose las manos y la frente en su existencia, / buscando el sitio donde poder decir: / "Aquí yo vivo, aquí yo soy el hombre", Canto XIX.

Pensemos en Gerbasí, niño perfectamente bilingüe, como debemos suponer, puesto que sus padres lo envían a estudiar a Italia. Esa experiencia tan desgarradora como extraordinaria emerge rica en signos de mundo y de graves resonancias en la deposición testimoniada de un poema tardío, "Viaje a Italia", de **El solitario viento de las hojas** (1989): *Yo abandonaba / a Canoabo, pueblo solitario, / adornado de pavos reales. / Yo no reconocía mi edad. / Era una luciérnaga en la noche. / Me fui en mi burro / hacia una lejanía. Iba por la selva. Mi padre en su caballo. / Mi madre vestida de blanco / con una sombrilla azul (...)* Yo iba hacia ciudades antiguas, / donde

viajé por primera vez en tranvía / entre bombone-rías iluminadas.

A los 16 años regresa a Venezuela. Se trata una vez más de una experiencia, esta vez agónica, tal como queda recogida en la pulsión dolorosa con que se opera el paso a los desolados últimos versos de otro poema de vejez: "Viaje en tren", de **Un día muy distante** (1988). Su tío lo va a buscar al colegio. Dejando atrás, pueblos, campanarios, olivos, viñedos, siembras de alcahofas, la disposición amable y las resonancias clásicas del paisaje toscano que corre apacible en sucesión panóptica por la ventanilla, tío y sobrino se dirigen, como internándose en otro continente, al sur. *Mientras el tren rodaba / hacia la noche / y se iluminaban ciudades y pueblos, / mi tío Antonio permanecía callado. / No me dijo que mi padre / había muerto. / En la calle, la niebla / es una cámara de gas. / En el umbral del tiempo, / mi mujer y yo nos sentamos a llorar.*

En 1937 publica su primer poemario **Vigilia del naufrago**. En 1940 **Bosque doliente**, la transición más visible hacia virtudes y bellezas nuevas. En 1942 se edita bajo el sello del grupo Viernes la recopilación de ensayos **Creación y símbolo**. Ese mismo año, **Liras**, un intento extraño, un devaneo ajeno al temple e itinerario que con propiedad marcará su poesía, que algunos críticos como Liscano atribuyen a una suerte de complacencia con los fervores hispanizantes de ciertos miembros del grupo Viernes, aun si profundizando en otros contenidos y que otros solo ven como un ejercicio formal en la búsqueda de su polo estético.

Poemas de la noche y de la tierra aparecerá en 1943. En 1945 **Mi padre, el inmigrante**, un año después **Tres nocturnos** y en 1952 **Los espacios cálidos**, completando y consumando por cuenta propia el júbilo de una prodigiosa década. En seguida vendrán **Círculos del trueno** (1953), **Tirano de sombra y fuego** (1955), **Por parte de sol** (1958), **Olivos de eternidad** (1961), **Poesía de viajes** (1968) **Rememorando la Batalla de Carabobo** (1971), una como segunda etapa en que se muestra su apertura al mundo exterior de un modo más ilustrativo y objetivista. Pero en **Retumba como un sótano del cielo** de 1977, en **Los Colores ocultos** de 1985, **Un día muy distante** de 1988 y **El solitario viento de las hojas** de 1989, encontramos poemas en que Gerbasí volverá a transitar, aun si con un lenguaje más neto y seco, más despojado de fastuosidad verbal, el espacio dramático que más se avenía a las tensiones de su materia síquica y talante poético, y con él que

parecía después de **Los espacios cálidos** haber saldado las cuentas. Retorna a ellos, fiel a esa ley según la cual en la edad proveya volvemos, saltando muchos eslabones de la cadena, a los dioses lares que moraban en nuestra infancia. Ahí están "Canoabo", "Infancia en Canoabo", "Canoabo en la noche", "Mi casa", "Las paredes de mi casa", "Cielo estrellado", "Los huesos de mi padre", "Viaje en tren", "Viaje a Italia".

3. En el Prólogo a la Antología de Monte Ávila (1990), Francisco Pérez Perdomo sostiene que en los **Poemas de la noche y de la tierra** (1943) ya está anunciado **Mi padre, el inmigrante**. Sin lugar a dudas, en las evocaciones introyectadas desde la figura grande y significativa del padre, en la identidad inspiradora de los elementos, en la atmósfera entre doméstica y misteriosa del entorno, en la consistencia de los contornos fisonómicos del paisaje, en el aliento, en la tensión emocional y en la entonación elegíaca, poemas como el aún ampuloso "Tormenta humana" y, en especial, el ya deslastrado de simbolismos postrománticos y muy logrado "El sueño del viejo" (*El viejo ha enterrado sus anillos de oro, / sus pipas europeas. El viejo está dormido, / oigo pasar el viento sobre su vida extinta, / como silbos ardientes entre colinas yermas. / Hablaba de la oveja, del durazno y las viñas, / De las horas de invierno con pinos quejumbrosos, / de noches junto al fuego, de lobos en la nieve, / de flautas de pastores bajo la primavera...*) prefiguran el vigoroso ciclo de los cantos de **Mi padre, el inmigrante**.

Recordemos algunos de los hitos bibliográficos. A los diez años lo sacan de su aldea. Va a Campora, otra aldea, a terminar la primaria. Pasa a Florencia a estudiar el bachillerato. Al cabo de seis años es traído de vuelta a Canoabo. Tiene 32 años, cuando, ya afincado en una identidad que daba fe de seguridad en sus medios, en la variedad de su sustrato cultural y en sí mismo, se dispone a franquear el umbral de esa experiencia para internarse en un intenso y catártico proceso regresivo de *anamnesis*. A un nivel de profundidad más hondo que el del recuerdo, los tres primeros cantos tienen ese carácter clásico de imprecación en que se confunden conjuros y plegarias para propiciar en el descenso a la oscuridad que se cierne sobre el reino de los muertos el favor de los dioses, o de las Musas (*¡Reclamad, gritando hacia el abismo, / el mirar interior que hacia la muerte avanza! (...). ¡Llamad, llamad, llamad vuestro rostro perdido / a orillas de la gran sombra!*, Canto II,). Anulando y violentando resistencias, la su-

cesión alucinada de los versos que componen los tres primeros cantos se abre camino hacia los flujos y reflujos del recuerdo. De una manera directa, sin mayores claves, aparte de los referentes a las catábasis clásicas, de Homero a Virgilio, al Dante, que por lo demás la crítica erudita apenas ha estudiado, sin atentar contra su intimidad, pero con todo su pasado histórico y protohistórico agolpándose y ascendiendo hacia el presente, internándose en la selva oscura, Gerbasi enfrenta la tarea mítica fabulosa de interrogar a "*la visible e invisible muerte*". En efecto, este poema extenso, en razón de la claridad visionaria de las imágenes tiene la apariencia de haber sido escrito, cualesquiera hayan sido los cortes metódicos y las vías de trabajo, en el raptó de una noche mística, en una noche del alma entre el sueño y la vigilia y bajo la seducción de un delirio mediúmico. Sin embargo, la construcción y estructura del poema, apuntan a una meditación más consciente, sobre todo a partir del IV Canto. Y es que lo que tipifica a Gerbasi es su capacidad de disponer las imágenes, aun las más inesperadas, según un orden de luminosidad y perfil clásicos trasvasado a un quehacer poético que aún bordeando el caos y las tinieblas no pierde el paso.

Si Gerbasi pudo reconducir poéticamente la condición de inmigrante, y la específica del padre, el exilio, la lejanía, la soledad, la separación del hogar y los afectos, es porque él mismo, habiendo padecido los rigores de la orfandad, la salida abrupta de los ensueños y relatos de su infancia, sondeaba, reconvertido en su doble, y sin sustraerse a su propia mirada, esa vivencia. En la soledad y la nostalgia del transterrado, era la suya propia, con su ceremonial de las despedidas, de los abandonos y los retornos la que entraba en juego.

A este propósito, y para finalizar, me gustaría citar un texto de **Los imprescindibles** de Jesús Sanoja Hernández: "En ese canto a un Padre irrevocablemente ausente, es Gerbasi mismo el inmigrante. Aventado a un exilio común a todo el género humano, cumple él la labor que toca a todos los poetas: traducir los secretos signos de un universo 'donde el Yo se hace excepción'".

antorchas
que apagan
ráfagas
seculares.
Atrás quedan
las puertas
quejándose
en el viento.
Atrás queda
la angustia
con espejos
celestes.
Atrás el
tiempo
queda como
drama en el
hombre:
engendrador
de vida,
engendrador
de muerte.
El tiempo
que levanta
y desgasta
columnas,
y murmura
en las olas
milenarios
del mar.